



EL BARCO
DE VAPOR

Pablo Diablo y el Ratón Pérez

Francesca Simon

Ilustraciones
de Tony Ross

SERIE PABLO DIABLO



sm

*Para Victor y Susan Bers,
por los buenos ratos
que hemos pasados juntos*

Primera edición: marzo de 2001

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry's Tricks The Tooth Fairy*
Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1996
por Orion Children's Books.

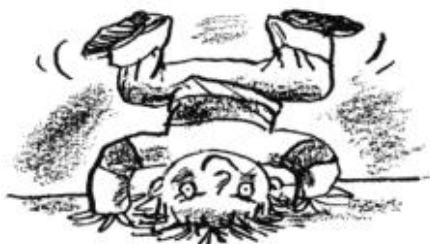
© del texto: Francesca Simon, 1996
© de las ilustraciones: Tony Ross, 1996
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



1

Pablo Diablo y el Ratón Pérez, 7

2

Pablo Diablo y la boda, 27

3

Marga Caralarga se instala, 47

4

Pablo Diablo y el profe nuevo, 73



I

.....

PABLO DIABLO Y EL RATÓN PÉREZ

–¡ESO NO VALE! –chilló Pablo Diablo. Y se puso a pisotear el nuevo parterre de flores de su padre y a despachurrar las violetas–. ¡No hay derecho!

A Marga Caralarga ya se le habían caído dos dientes. A Susana Tarambana, tres. Clarisa Monalisa había perdido dos en un solo día. A Renato Mentecato le faltaban ya cuatro, dos de arriba y dos de abajo, y podía escupir desde su pupitre hasta la pizarra. A Peporro Ceporro los dientes se le caían a chorros. Hasta a Guillermo el Muermo le faltaba uno desde hacía siglos.

En el colegio había cada día alguien que presumía de un oscuro agujero en su dentadura y exhibía con orgullo su moneda de un euro que le había traído el Ratón Pérez. Así todos. Menos Pablo, claro.

–¡No hay derecho! –seguía gritando Pablo. Y tiraba con fuerza de sus dientes. Los apretaba, los aplastaba, los pinzaba y los estrujaba.

Pero ni se inmutaban.

Tenía los dientes absolutamente pegados a las encías.

–¿Por qué yo? –gemía Pablo mientras pisoteaba las petunias–. ¿Por qué soy yo el único al que todavía no se le ha caído ningún diente?

Pablo Diablo se sentó con el ceño fruncido en su guarida del árbol. Estaba ya hasta la coronilla de que otros niños presumieran de cómo se movían sus cochinos dientes y de los asquerosos agujeros que tenían en sus encías. El primero que volviera a mencionar en su presencia la palabra «diente» se iba a enterar.

–¡PABLO! –chirrió una vocecilla–. ¿Dónde estás?

Pablo Diablo se escondió entre las ramas.

–Pablo, sé que estás en la guarida –dijo Roberto, el niño perfecto.

–¡Lárgate! –dijo Pablo.

–Mira aquí, Pablo –dijo Roberto–. Quiero enseñarte una cosa maravillosa.

–¿Qué cosa? –gruñó Pablo.

–Tienes que verla tú mismo –dijo Roberto.

Roberto nunca tenía nada maravilloso que enseñar. Su idea de una cosa maravillosa era un sello nuevo, o un libro sobre plantas, o un informe de su profesor diciendo el perfecto niño modelo que había sido. Sin embargo...

Pablo se arrastró fuera del fuerte.

–Más vale que sea algo bueno –le advirtió–, porque si no, te vas a enterar.

Roberto levantó un puño y lo abrió.

En su mano había algo pequeño y blanco. Parecía... No, no podía ser cierto.



Pablo se quedó pasmado mirando a Roberto. Roberto le dedicó la mejor sonrisa de que fue capaz. Aquello no era posible. Pablo no daba crédito a sus ojos. En el lugar que antes ocupaba un diente en la boca de Roberto, su hermano pequeño, había ahora un agujero negro.

Pablo agarró por los hombros a Roberto.

—¡Te has pintado el diente con una cera negra, tramposo!

—¡Que no! —aulló Roberto—. Se me ha caído. Mira.

Y Roberto metió con orgullo un dedo por el hueco.

Era verdad. A Roberto, el niño perfecto, se le había caído un diente. Pablo sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

–Ya te lo había dicho –comentó Roberto. Y volvió a sonreír a Pablo.

Pablo no pudo soportar la visión de la dentadura mellada de Roberto un solo segundo más. Aquello era lo peor que le había ocurrido nunca.

–¡Te odio! –aulló Pablo. Se había transformado en un volcán dispuesto a vomitar lava



fundida sobre aquel insensato hombrecillo que se había cruzado en su camino.

–¡UUUAAAAAAAAAAA! –aulló Roberto, dejando caer el diente.

Pablo se apoderó de él.

–¡AAAYYYY! –chilló Roberto–. ¡Devuélveme mi diente!

–¡Deja de incordiar, Pablo! –gritó su madre.

Pablo provocó a Roberto moviendo ante él la mano en que sujetaba el diente.

–Tengo, tengo, tengo, tú no tienes nada... –canturreó.

Roberto rompió a llorar.

–¡Devuélveme mi diente! –gritó.

Su madre salió corriendo al jardín.

–Devuélvele su diente a Roberto. Ahora mismo –dijo.

–No –contestó Pablo.

Su madre parecía realmente enfadada. Extendió la mano.

–Dámelo inmediatamente –insistió.

Pablo Diablo dejó caer el diente al suelo.

–Ahí lo tienes –dijo.

–Se acabó, Pablo –dijo su madre–. Esta noche no hay postre.

Pablo estaba demasiado harto como para que le importara.

Roberto se apresuró a recoger su diente.

–Mira, mamá –dijo.

–¡Qué mayor es mi chico! –dijo su madre abrazándolo–. ¡Y qué valiente!

–Con el dinero que me traiga el Ratón Pérez, pienso comprarme sellos para mi colección –anunció Roberto.

–Qué excelente idea –aprobó su madre.

Pablo sacó la lengua.

–Pablo me está sacando la lengua –dijo Roberto.

–Basta ya, Pablo –advirtió su madre–. Roberto, ya puedes guardar bien ese diente para el Ratón Pérez.

–Sí, mamá –dijo Roberto, y apretó el diente con fuerza dentro del puño.



Pablo volvió a sentarse dentro de su guarida. Si un diente no se caía solo, habría que ayudarlo a caerse. Pero ¿cómo? Podía agarrar un martillo y saltarse uno. También podía anudar un cordel al diente, amarrar el cordel a la manilla de una puerta y dar un portazo. ¡Vaya palo! Pablo se llevó la mano a la mandíbula.

Aunque, pensándolo bien, quizá no hiciera falta. A lo mejor había alguna forma menos dolorosa de perder un diente. ¿Qué era lo que siempre repetía el dentista? ¿No era eso de que si comes muchos dulces, se te caerán los dientes?

Pablo Diablo se introdujo furtivamente en la cocina. Miró a su derecha. Miró a su izquierda. No había nadie. Desde el cuarto de estar llegaban los ecos chirriantes de Roberto practicando con su violonchelo.

Pablo se precipitó hacia el armario en el que su madre guardaba el tarro de los caramelos. Los días de caramelos eran los sábados,

y hoy era todavía jueves. Tenía dos días enteros antes de que se complicaran las cosas.

A toda velocidad, Pablo se atiborró la boca de todos los caramelos pringosos que pudo.

Ñam Ñam Ñam Ñam.

Ñam Croc Ñam Crac.

Ñam Crac Ñam Croc.

Crac...

Croc...

Ñam...

Ñam...

Croc...

Crac.



Las mandíbulas de Pablo empezaron a trabajar más despacio. Se puso en la boca el último caramelo de café con leche y se esforzó por que sus dientes se movieran hacia arriba y hacia abajo.

Empezó a sentirse mal. Sus dientes tenían que sentirse aún peor, y tiró de ellos con expectación. Después de tanto azúcar, al menos uno tendría que caerse. Se estaba ya imaginando todos los tebeos que podría comprar con un euro.

Volvió a tirar otra vez de sus dientes. Y otra vez más.

Nada se movió.

«Vaya palo», se dijo Pablo. Le dolía la boca. Le dolían las encías. Le dolía la tripa. ¿A qué extremos tenía que llegar una persona para que se le cayera un diente?

De pronto se le ocurrió una idea maravillosa y espectacular. Era tan espléndida que se felicitó a sí mismo por ella. ¿Por qué tenía que ser Roberto quien se llevara el euro del

Ratón Pérez? Sería para él, no para Roberto. ¿Cómo? Muy sencillo. Le haría trampa al Ratón Pérez.

La casa estaba en silencio. Pablo entró de puntillas en el cuarto de su hermano. Allí estaba Roberto, profundamente dormido y con una gran sonrisa en la boca. Pablo deslizó una mano bajo la almohada de Roberto y se apoderó del diente.

«¡Yuuupiii!», pensó Pablo. Salió de puntillas del cuarto de Roberto y se dio de bruces con su madre.

–¡UUUUUAAAAAAAAA! –aulló Pablo.

–¡UUUUUAAAAAAAAA! –aulló su madre.

–Me has asustado –dijo Pablo.

–¿Qué haces? –preguntó su madre.

–Nada –respondió Pablo–. Me pareció oír un ruido en el cuarto de Roberto y he ido a ver.

La madre de Pablo miró a Pablo. Pablo trató de poner cara de inocente.

–Vuelve a la cama, Pablo –dijo su madre.

Pablo se retiró precipitadamente a su cuarto y puso el diente debajo de su almohada. Uff. Por poco le pillan. Pablo sonrió. Cómo se iba a poner de furioso el llorica de Roberto al día siguiente, cuando se encontrara con que no había ni diente ni dinero.



Pablo se despertó y palpó bajo la almohada. El diente había desaparecido. «¡Hurra!», se dijo Pablo. «Ahora, a por el dinero».





Buscó y rebuscó debajo de la almohada...

Buscó y rebuscó encima de la almohada.

Buscó debajo de la colcha, debajo del osito,
debajo de la cama, debajo de todas partes.

Ni rastro del dinero.



Pablo oyó retumbar los pasos de Roberto
en el vestíbulo

–Mamá, papá, mirad –dijo Roberto–. ¡Un
euro del Ratón Pérez!

–¡Qué estupendo! –dijo su madre.

–¡Qué colosal! –dijo su padre.

«¿Cómo?», se dijo Pablo.

–¿Queréis que lo comparta con vosotros, mamá? –preguntó Roberto.

–Muchas gracias, Roberto, querido, pero no es necesario –dijo su madre–. Es tuyo.

–Yo sí quiero –dijo Pablo–. Hay montones de tebeos que me apetece comprar, y también...

–No –dijo Roberto–. Es mío. Tú, con tu diente.

Pablo fulminó a su hermano con la mirada. Roberto nunca se había atrevido a hablarle así antes.

Pablo Diablo decidió transformarse en el capitán pirata que pasaba a su prisionero por la quilla.

–¡AAAYYYY! –chilló Roberto.

–Pablo, deja de fastidiar a tu hermano –dijo su padre.

Pablo se apresuró a cambiar de tema.

–Mamá –dijo–, ¿cómo sabe el Ratón Pérez a quién se le ha caído un diente?

–Mirando debajo de la almohada –respondió su madre.

–¿Pero cómo sabe debajo de qué almohada tiene que mirar?

–Porque lo sabe –insistió su madre–. Por pura magia.

–¿Pero cómo? –insistió Pablo.

–Porque ve el hueco que queda en la boca –insistió su madre.

Ajá, se dijo Pablo. Ahí había estado su equivocación.

Aquella noche, Pablo recortó un trocito pequeño de papel negro, lo humedeció y se tapó con él dos dientes de los de abajo. Sonrió ante el espejo.

«Perfecto», pensó. Y volvió a sonreír.

Luego colocó un par de dientes de Drácula debajo de la almohada. Anudó un cabo